

## Colocación de la primera piedra del Monumento á Juárez.

A las 3 de la tarde el Gobernador del Estado invitó al señor Presidente y personas que lo acompañaban al sitio donde sería colocada por el Primer Magistrado de la República, la primera piedra del Monumento al Gran Juárez.

Por entre una valla de honor formada por la fuerza federal desde la Aduana hasta la glorieta Juárez, pasaron el señor Presidente y su comitiva, con ese aire de respeto y de reverencia con que se concurre á los actos solemnes cuando la sociedad se levanta á impulsos del patriotismo, iluminada por la admiración y conmovida por la gratitud, para hacer un acto de justicia, para satisfacer un sentimiento nacional y para tributar homenaje á un patricio, á un reformador y al que fué símbolo de la Patria y egregio defensor de sus derechos.

Sobre el lugar que santifican esos recuerdos se había construido ya la sólida cimentación del monumento. Una decoración apropiada indicaba el círculo donde ha de formarse la glorieta.

Numerosísima concurrencia se había instalado desde temprano en las tribunas; y emocionada presentaba

religioso recogimiento ante el altar de la Patria.

Los miembros de la Junta Patriótica Benito Juárez y la Comisión local recibieron al señor Presidente, á los señores Ministros, al señor Gobernador del Estado, á los Presidentes del H. Congreso y del Supremo Tribunal de Justicia y á las demás distinguidas personas de su comitiva oficial.

Allí se encontraban también Senadores y Diputados al H. Congreso de la Unión, los Gobernadores de Pueblo y de Morelos, el Sr. General don Luis Terrazas, amigo y compañero del señor Juárez, Diputados al H. Congreso del Estado, el General don Félix Díaz, el General don Gregorio Ruiz, los Jefes Políticos de Bravos, Iturbide, Hidalgo, Camargo y Guerrero, distinguidas personas de varias nacionalidades, los alumnos de la Escuela de Agricultura y más de mil niños de las escuelas oficiales.

Las montañas de una y otra ribera del Bravo se levantaban como eternos centinelas de aquel acto eminentemente patriótico, perdurable, justiciero y conmovedor.

El General Díaz, sobre el pedestal

de su alto prestigio, al hacer justicia y al tributar honores al señor Juárez, creció y se elevó ante la historia y en el amor y consideración de sus conciudadanos. La Patria se lo agradece.

A una pieza de música siguió el hermoso discurso, el himno patriótico del orador oficial, señor Ing. don Rómulo Escobar. El mejor elogio que podemos hacer de esta notable pieza oratoria, es reproducirla íntegramente. Fué muy aplaudida y es natural.

Después de este himno á Juárez, el señor Presidente, acompañado de sus Ministros y del señor Gobernador de Chihuahua, colocó con mano firme la primera piedra del monumento, donde una caja metálica contendrá el acta conmemorativa, el programa, las invitaciones, periódicos y monedas de esta época.

Dieron guardia de honor y ayudaron al señor Presidente en la patriótica faena, cuatro alumnos de la Escuela de Agricultura, de los señores Escobar Hermanos. Al terminarla un aplauso nutrido repercutió en el corazón de los mexicanos y llevó á los valles y á las montañas el eco del patriotismo.

Al acta conmemorativa dió lectura el Regidor, señor don Manuel López de Nava y su texto es el siguiente:

ACTA DE LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO AL BENEMÉRITO DE AMÉRICA.

“En Ciudad Juárez, Cabecera del Distrito Bravos, del Estado de Chihuahua, á las 5 p. m. del viernes 15 de octubre de 1909, reunidos en el lugar preparado al efecto, el señor Presidente de la República, General don Porfirio Díaz, los señores Secretarios de Estado y del Despacho de Fomento, Lic. don Olegario Molina y de Guerra y Marina, General don Manuel González Cosío, el señor Gobernador Constitucional del Estado,

don Enrique C. Creel, los señores Gobernadores de Puebla, General don Mucio P. Martínez y de Morelos, Coronel don Pablo Escandón, los Senadores al Congreso de la Unión, Fernando Pimentel y Fagoaga, Antonio V. Hernández, Francisco Albiztegui y José Castellot, los señores Diputados á la Cámara Federal, Dr. Porfirio Parra, Bernardo Urueña, Lic. José R. Azpe, Luis Martínez de Castro; el señor Presidente del H. Congreso del Estado, Lic. don Manuel Prieto, el señor Presidente del Supremo Tribunal de Justicia, Lic. don Carlos Muñoz, el señor General don Luis Terrazas, el señor General don Gregorio Ruiz, los señores Diputados á la Cámara local, Dr. Canuto Elías, Martín Falomir, Luis Terrazas, hijo, Julio Luján, Lic. Joaquín Cortazar, Jr., Juan A. Creel y Juan F. Treviño, los señores Juez de Distrito, Lic. Arnulfo Miranda, Director General de Instrucción Primaria, Dr. Miguel Márquez, señores don Xavier Icaza y Landa y don José Ignacio Icaza, Teniente Coronel Samuel García Cuéllar, Teniente Coronel Porfirio Díaz, hijo, Jefes Políticos don Félix Bárcenas, don José Asúnsolo, don Rodolfo Valles, don Vicente Cordero y don Urbano Zea, Director de la Aduana señor A. A. Berea; los señores Juan Terrazas, Federico Sisniega, José María Sánchez, Ing. Rómulo Escobar, Ing. Numa P. Escobar, Camilo Argüelles, Espiridión Provencio, Lic. Felipe Seijas, Lic. Jesús O. Nájera; el personal de la Junta Patriótica Benito Juárez, y el del I. Ayuntamiento de C. Juárez, previa la lectura de un discurso alusivo, por el señor Ing. Rómulo Escobar, el expresado señor Presidente de la República, General don Porfirio Díaz, con el ceremonial de estilo hizo la colocación de la primera piedra del monumento que en honor del Benemérito de América, Lic. don Benito Juárez, y con el con-

tingente nacional, se va á erigir con arreglo al modelo aprobado en el concurso respectivo, de 16 de diciembre del año próximo pasado, y bajo los auspicios de la Junta Patriótica Benito Juárez, constituida con tan noble objeto por el señor don Enrique C. Creel, que la preside, el domingo 15 de febrero de 1905. En fé de lo cual se levantó la presente acta, que firmaron los concurrentes, depositándose un ejemplar en la primera piedra colocada por el señor General Díaz.”

El texto del discurso del señor Ing. don Rómulo Escobar es como sigue:

“Señor Presidente y Secretarios de Estado; Señor Gobernador; Ciudadanos:

Hay dos palabras que tienen la virtud de hacer latir todos los pechos: nuestra tierra!

Poder decirlas es tener Patria; pronunciarlas con voz muy alta es estar orgulloso de su historia y poner el alma de hinojos al oírlas es amarla.

¡Indios que poblásteis este valle; frailes misioneros que venísteis con las huestes hispanas, predicando la religión al frente de los soldados; muertos de aquellas nuestras guerras necesarias; ¿dónde está vuestro polvo? ¿dónde están vuestras tumbas?

¡Surgid, llegad á nuestro recuerdo en el momento en que pronunciamos estas dos palabras: ¡Nuestra tierra!

¡Gloriosa tierra! ¡Bendita seas!

\* \* \*

Yo quisiera ser viejo, muy viejo, para que mi voz se oyera como la voz de la Historia, de esa Historia cuya edad no basta para decirnos si los primeros hombres que poblaron este valle vinieron por el rumbo del Gila ó del Coyame.

Pero llegaron y fueron los primeros! Girones de una humanidad sal-

vaje, fueron traídos á impulsos de un destino caprichoso cuando nuestros tornillales y alamedas, mecidos por el viento, comenzaron á cantar los himnos de una Patria nueva, cuyas fronteras se extendían hasta la inmensidad del desierto!

Se animaron los bosques: el bizonte, recuerdo de nuestra fauna, llegaba incauto á las márgenes del Río á dar su carne y el maíz, blasón de nuestra flora, quitó el salvajismo á aquellos hombres.

Más tarde aparecieron sobre esas mismas lomas que limitan el valle, destacándose en el azul del firmamento, las siluetas de hombres extraños.

Empuñaban armas más duras y cortantes que la roca; brillaban sus pechos como brillan los metales y producían el fuego con sus arcabuces. Eran de los hombres que vencen, pues no habían podido detener su paso ni la extensión del océano, ni las borrascas, ni el desierto, ni la furia de las multitudes.

La tímida raza aborigen sintió un calosfrío de muerte y al retroceder espantada pudo ver que delante de aquellos guerreros venían otros hombres que se distinguían por la humildad de su traje y de su alma. Traían en sus manos un objeto de madera con el cual no golpeaban á sus enemigos.

La Cruz era el emblema de la civilización en aquel siglo, como la guerra y el arte lo fueron antes y como los inventos y la paz lo fueron posteriormente.

Por esto es que la Cruz resplandece en la Historia de la Conquista, para gloria de España, mitigando las sombrías crueldades de sus aventureros.

\* \* \*

Los siglos medidos por los hombres son instantes en la Historia y así fué como poco tiempo después hubo tres guerras lamentables con-

tra quienes podemos llamar, hoy, amigos y hermanos.

¡Tres guerras en el siglo de las luces! ¡Tres guerras en el siglo de nuestra infancia!

Primero una contienda terrible, por intereses opuestos, que hizo que las fronteras de las naciones cambiaran un poco. La curva que, como aro luminoso, abrazaba á medio Mundo, marcando los límites de España, se rompió y quedaron sus fragmentos allá tras de los mares.

Después otra contienda. Dos razas, que ahora tienen los mismos peligros y los mismos anhelos, chocaron y venció la más fuerte.

Por fin, otra guerra con una raza hermana y venció el derecho de la raza más débil á fuerza de razón y de victorias tan gloriosas como las primeras derrotas.

En Temascalitos el Cura de este pueblo arrojó el crucifijo que llevaba en los momentos de la refriega para tomar el fusil de uno de los heridos y defender la Patria, y de esta parte del país eran los soldados que en el Fuerte de San Javier, ignorando la disciplina, desobedecieron las órdenes de sus Jefes para atacar al enemigo, no satisfechos del peligro.

\* \* \*

En esta última guerra, cuando la medida del dolor estaba ya colmada, cuando los tímidos habían defecionado, cuando las esperanzas últimas se desvanecían, el hombre que había bajado de la Sierra de Ixtlán, ¡símbolo del derecho! ¡alma de la Patria! pudo, todavía, mantener el fuego del patriotismo y entró al desierto con magestad sublime, como las naves que se alejan de la costa para capear la tormenta.

Expuso su vida, fatigó su cuerpo, atormentó á su alma con las desdichas de la Patria, cruzó los médanos de Samalayuca, que son la esencia del desierto, y se vió aparecer

su silueta, destacándose en el azul del cielo, sobre esas mismas colinas que limitan el valle.

¡Bendita la hora en que la cruel necesidad obligaba á aquel hombre á pedir la hospitalidad de Paso del Norte, porque entonces sus moradores humildes, los labriegos que se caban sus frentes sudorosas á la sombra de nuestras hermosas alamedas, pudieron brindarle todo lo que tenían: sus haciendas, sus cuerpos y sus almas!

Entretanto, otros videntes transpasaban los límites de las heroicidades cumpliendo con su deber en otras partes y todos sabemos de un héroe de la paz y de la guerra á quien las generaciones futuras verán como figura legendaria y de patriotas inmaculados á quienes puede llamarse salvadores de vidas.

Paso del Norte era el límite. Aquí terminaba la Patria. Una línea imaginaria era una barrera infranqueable.

¡Qué angustias debe haber sufrido en este mismo suelo el Sr. Juárez mientras llegaban noticias de la guerra, cuando de frente hacia el Sur, debe haber interrogado al silente desierto, hasta que un 25 de Marzo una espada fulgurante señalara el camino del regreso!

Después la paz bendita, el silbato de las máquinas, el imperio de la Ley, el respeto al derecho ageno; la obra grandiosa de un hombre ayudado por una época, de un hombre que supo conducir á su pueblo á la tierra prometida á fuerza de victorias y de golpes de justicia!

\* \* \*

Yo quisiera ser joven, muy joven, para que mi voz se oyera como la voz de los tiempos que vienen.

¡Que pasen unos siglos! Escuchemos las voces de la Historia futura! No son las voces lóbregas y graves de los siglos pasados sino los gritos alegres de los siglos niños. ¿Qué dicen?

Que las cotas de malla están, por fin, en los museos; que las armadas son rutinas de las naciones; que los ejércitos gloriosos como el nuestro sirven para velar por los trabajadores, porque la guerra, que sólo podría tener explicación como procedimiento selectivo, tal como la ejercitan en la lucha de la vida todos los seres, cayó en desuso cuando la humanidad tuvo la sabiduría suficiente para comprender que sobre los intereses parciales debe estar la justicia suprema y que la justicia se logra mejor con el respeto que con el asalto, mejor con la palabra que con los cañones.

Dirá la Historia, que mientras existieron esas líneas necesarias é invisibles que se llamaron fronteras, que con un paso se salvaban y sin embargo eran murallas infranqueables en ciertas ocasiones, la Humanidad cuidó de borrarlas con tratados recíprocos y compromisos honrados, haciendo nacer la comunidad de intereses.

Dirá la Historia, hablando de esta fecha memorable, que á principios del Siglo de la Paz, se vió en Ciudad Juárez, que los dos hombres que gobernaban á las Naciones más grandes de la América del Norte, los dos hombres de mayor mando, representantes de dos razas distintas, cruzaron una línea invisible que se llamaba frontera, para estrecharse la diestra como hidalgos antiguos, y que al hacerlo tuvieron que pedir su venia á otros hombres, porque sobre su poder había otro poder más grande: el poder de la Ley y del pueblo.

Dirá que una Patria agradecida, con el óbolo de niños y de ancianos marcó el límite á donde llegó el ilustre peregrino que bajó de la Sierra de Ixtlán y que salvó en el desierto las tablas de la Ley, con un bronce que será una divisa para un pueblo, una cumbre para una raza.

Dirá que la América entera vió

regocijada, en uno de esos momentos en que parece que se oyen campanas que marcan el paso de una época á otra época, que, cruzando los médanos y las colinas que limitan este valle, vinieron á pagar una deuda los últimos de aquellos vivientes que nos dieron Patria, depositando una flor en nombre de ella sobre la tierra que consagró Juárez en época de angustia.

Las flores de la Patria son mármoles y bronces.

Dirá la Historia, que al depositar estas en memoria del indio ilustre de Guelatao todo un pueblo postróse agradecido al ver que un personaje legendario, que por su amor y sus hazañas era la encarnación de México, entregaba la ofrenda y que al hacerlo vieron las gentes que aquella figura crecía, se agigantaba, hasta parecer que era el alma de la América Latina.

\* \* \*

¡Vosotros los hombres á quienes debemos Patria, antiguos defensores de México y creadores de la Patria nueva, que habéis venido á pagar esta deuda cuando tramontáis las cumbres de la vida ungidos por la historia y mereciendo el cariño del pueblo, derramad lágrimas de regocijo porque habéis podido subir á donde se divisan las agüenas horizontes.

¡Hombres en la plenitud de la vida, mirad de frente el sol, llenad vuestros pechos con este aire libre y alzad muy alto vuestros corazones!

¡Y vosotros los niños, los de almas tiernas que se sacuden con estas impresiones, temblad como las flores al abrirse y grabad en la memoria este recuerdo!

¡Es la Patria misma quien va á colocar esa piedra!

¡Indios de Senecú, frailes de las misiones, héroes de nuestras guerras necesarias, surgid, venid á ver lo que pasa en nuestra tierra!

El desierto no es desierto. Se ha poblado!

Parece que en este momento han de verse sobre el Torreón de Casas Grandes los príncipes indios, que han subido al Gallego los muertos del Sacramento para ver mejor y los del Carrizal á la Sierra de la Candelaria, que en la Tarahumara está el espíritu del indio de Arisiachic

mientras el vencedor de Victorio ha llegado á Tres Castillos!

Se ha poblado el desierto. Sobre todas sus cumbres se asoman los espíritus de nuestros muertos!

¡Parece que se oyen campanas que marcan el paso de una época á otra época!

Oído bien: Es la Patria misma quien va á colocar esa piedra!



Cuchara de albañil y cubeta para la colocación de la primera piedra de la Escuela Porfirio Díaz y cuchara de albañil para la colocación de la primera piedra del Monumento á Juárez.

La Conferencia de los Presidentes, de México, señor Gral.

**D. Porfirio Díaz,**

y de los Estados Unidos de América,

**Mr. William H. Taft.**

En la mañana del 16 de octubre de 1909, Ciudad Juárez tuvo un despertar alegre é inusitado. Aquella población de suyo tranquila, que duerme arrullada por el Bravo y donde los campesinos de las labores inmediatas son los primeros en saludar á la aurora, en aquel día memorable, todos, aldeanos, cortesanos y militares, abandonaron su lecho cuando los primeros rayos de luz ténue é indefinida comenzaban á correr tímidamente el cortinaje de la noche y á dos luces se frotaban los ojos, extendían los brazos y se incorporaban con movimientos nerviosos y con una sola idea: el General Díaz se encuentra entre nosotros, hoy tendrá su verificativo la conferencia de los dos Presidentes.

Las campanas del antiguo templo que durante tres siglos han llamado á los fieles, en aquellos momentos anunciaban alborozadas un acontecimiento civil, más todavía, un acto internacional. Las dianas de los clarines y los acordes de las bandas militares y la conversación de las madres con sus hijos y los comentarios de los esposos y la alegría de los ciudadanos; todo llevaba al señor

General Díaz el cariñoso saludo de sus compatriotas de la frontera.

Pronto las calles comenzaron á inundarse de gente. La antigua é histórica villa de Paso del Norte vestía de gala. Hasta en las más humildes casas se notaba algún adorno. Banderas tricolores, escudos, flámulas y retratos del General Díaz se veían por todas partes.

Bandadas de niñas vestidas de blanco y adornadas con los colores nacionales y llevando en las manos ramos de flores, concurrían á las escuelas para formar grupos y más tarde cantar el Himno Nacional.

La calle del Comercio y la Avenida Juárez estaban transformadas; luciendo nuevos pavimentos; flamantes embanquetados y una columnata monumental de orden Corintio que se extendía hasta el puente internacional, con bella decoración tricolor, escudos, flámulas y canastillas de flores.

El edificio de la Aduana estaba adornado con mucho gusto y era el punto objetivo de todas las miradas, que hubieran querido pasar á través de los muros, para ver al señor General Díaz.

El sol del Otoño fué invadiendo todas las calles y dorando los edificios, para que el cuadro fuese más hermoso. La temperatura no podía ser más agradable y la Naturaleza sujetó á los vientos, para que nada fuese á molestar al ilustre huésped que honraba la ciudad: para él sólo caricias, y hombres y cosas y elementos y sociedades y gentileza y civilización, todo dió su contingente y contribuyó para dar á aquel cuadro los más delicados tonos de cultura, de respeto y de patriotismo.

Los elegantes y apuestos militares que forman el Estado Mayor del señor Presidente, se presentaron vestidos de gala, con sus uniformes de azul pálido, sus cascos romanos y sus vistosos penachos.

El público estaba nervioso y se manifestaba impaciente porque no llegaba la hora fijada, las 10 de la mañana, para que el señor Presidente saliera de la Aduana, en camino para El Paso, Texas.

Se hablaba de la conferencia de los dos Presidentes y se comprendía su importancia y se sentían sus consecuencias. Momentos antes de las grandes batallas y de los grandes acontecimientos políticos, el sistema nervioso trabaja mucho y adquiere extraordinaria sensibilidad. Así estaban los espectadores, que ya eran muchos, contando minuto por minuto.

Por fin el reloj marcó la hora del Protocolo (las 10) y el señor General Díaz, con aquella precisión que lo caracteriza, se presentó á la puerta de la Aduana, vestía su uniforme de General de División y llevaba su pecho cubierto de condecoraciones. (1)

[1] Condecoraciones del señor General Díaz:  
Especial por el asalto de Puebla.  
Barra distintivo por la guerra de Reforma.  
Medalla de honor por la batalla de Pachuca.  
Medalla de honor por la batalla de Acultzingo.  
Medalla de honor por la batalla del 5 de Mayo.  
Cruz por el sitio de Puebla.

En su semblante se notaba alegría y en sus movimientos una tranquilidad extraordinaria. Como hombre se veía muy hermoso: como Jefe de la Nación, su porte estaba lleno de dignidad: como soldado despertaba entusiasmo: como héroe y como estadista, daba vida á mil recuerdos gloriosos. Los mexicanos nos sentíamos orgullosos y en alas del entusiasmo y con arranques de patriotismo, saludamos al Héroe del 2 de Abril, y entre nutridos aplausos comenzó el señor General Díaz á caminar por esa nueva vía —ese “camino blanco”— de la victoria.

La comitiva se organizó de la siguiente manera:

I. Como descubierta, un escuadrón de caballería.

II. General en Jefe Gregorio Ruiz y su Estado Mayor.

III. Coche del Presidente, á quien acompañó el Gobernador de Chihuahua y el Jefe del Estado Mayor del Presidente.

A uno y otro lado de este carruaje se colocaron los ayudantes del Estado Mayor del señor General Díaz.

IV. Guardia Presidencial.

V. Coche con los Ministros de Fomento y de Guerra y Marina.

VI. Presidentes del H. Congreso y del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Chihuahua.

VII. Coche con los ayudantes del Gobernador de Chihuahua.

VIII. Resto del 11º Regimiento.

La comitiva pasó por entre las dos filas que en valla de honor formó el Batallón de Zapadores, desde la Aduana hasta el Puente de los Tranvías.

Al llegar al Puente se quedaron allí dos escuadrones y continuó el

Cruz de 1ª clase por combatir la Intervención.  
Cruz y placa de Constancia.  
Gran Cordón del Mérito Militar.  
Condecoración del Estado de Guerrero.  
Medalla de honor del Estado de Chihuahua.  
Condecoración honorífica de Oaxaca.  
Condecoración honorífica de Puebla.

General en Jefe con los otros dos, á través de la zona del Chamizal hasta la calle 7ª de El Paso, donde las fuerzas mexicanas hicieron alto, incluso la Guardia Presidencial.

Al salir el señor Presidente del territorio mexicano, la artillería hizo 21 disparos, la Banda de Policía de México tocó el Himno Nacional y la fuerza le hizo los honores de ordenanza.

El General Díaz iba atento á todos los movimientos y correspondía con respeto á los saludos de las banderas de los cuerpos y á los de sus Jefes y oficiales. Se manifestaba contento y tranquilo, con el cuerpo derecho, como el de un joven militar, y la cabeza levantada.

A su paso lo aplaudían numerosas personas colocadas á uno y otro lado de la vía. Con su carácter observador se fijaba en todos los detalles.

Tenía deseos de conocer personalmente al Presidente Taft y muy pronto tendría esa satisfacción.

Al llegar á la calle 7ª de El Paso, Texas, fuera ya de la zona del Chamizal, fué recibido el señor Presidente por una comisión compuesta del Secretario de Guerra, Hon. J. M. Dickinson, del Gobernador de Texas, Mr. T. M. Campbell, del General A. L. Myer, (Jefe de la fuerza americana que hizo los honores al Presidente de México) y de Mr. Joseph U. Sweeney, Alcaide de la ciudad de El Paso.

El Secretario de Guerra dirigió la palabra al señor General Díaz en los siguientes términos:

Condecoración de Puebla, especial por el 2 de Abril de 1867.

Caballero Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

Caballero Gran Cruz de la Orden de Carlos III.  
Caballero Gran Cruz de la Espada.—Suecia y Noruega.

Gran Cruz de la Torre y la Espada.—Portugal.  
Primera clase de la Orden del Libertador.—Venezuela.

Gran Cruz de la Legión de Honor.—Francia.  
Gran Cruz del Crisantemo.—Japón.  
Gran Cruz de la Orden de San Mauricio.—Italia.  
Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar.—España.

“Excelencia:

Vos sois, señor, el Primer Presidente de México que cruza nuestra frontera. Con este acto dáis, no solamente al pueblo de vuestro país y del nuestro, sino también al mundo entero, la más cabal prueba de las cordiales relaciones que existen entre las dos Repúblicas hermanas y de vuestro deseo de contribuir en lo posible á perpetuar esas buenas relaciones.

Apreciamos muy de veras el honor de vuestra visita y también la magnificencia del noble propósito que os inspira.

A nombre del Presidente y del pueblo de los Estados Unidos, os doy la seguridad de nuestra cordial estimación á la República de México y á su ilustre y bienhechor Presidente, dándoos al mismo tiempo la bienvenida á nuestro país y ofreciéndoos su franca hospitalidad.”

El señor General Díaz contestó:  
“Señor Secretario:

Al pisar el territorio americano, mucho me honra el afectuoso saludo con que me habéis distinguido, en nombre de su Excelencia el Presidente de los Estados Unidos y del noble pueblo americano. Lo correspondo con entusiasta cordialidad; y me es grato estrechar, en vos, la mano del Jefe del patriota y valeroso ejército de esta gran República.”

En aquellos momentos el señor General Díaz fué saludado por 21 disparos de la 3ª artillería de campaña, A. B. C. del Ejército de los Estados Unidos.

Gran Cordón de la Orden de Leopoldo.—Bélgica.  
Gran Cruz de la Orden del Águila Roja.—Prusia.  
Gran Cruz de la Orden Real Húngara.—Austria Hungría.

Condecoración de primera clase con el Gran Cordón de la Orden del León y del Sol, en brillantes.—Persia.  
Gran Cruz de la muy honorable Orden del Baño.—Gran Bretaña.  
Gran Cruz de la Orden del León Neerlandés.—Países Bajos.

Condecoración del Primer Grado de la primera clase de la Orden Imperial del Doble Dragón.—China.  
Insignias de la Orden Imperial de Alejandro Nerosky.—Rusia.

El Gobernador de Texas, acercándose al General Díaz, le dijo:

"Señor Presidente:

En nombre del pueblo del gran Estado de Texas, os doy cariñosa bienvenida, os ofrezco su hospitalidad y os agradezco la honra que nos dispensáis al visitar nuestro territorio.

Me es grato manifestaros que en la extensa frontera de Texas, que toca el territorio mexicano, los pueblos de las dos Repúblicas y de las dos razas distintas, viven en paz y cultivan relaciones de afectuosa amistad. Deseo que este estado de cosas perdure para siempre."

El señor Presidente contestó:

"Señor Gobernador:

Es para mí tan agradable la oferta de hospitalidad que vuestra benevolencia me hace, en nombre del Estado de Texas, cuanto que entre los ciudadanos de este progresista Estado, hay muchos á quienes me liga la simpatía de la raza."

El Alcalde de El Paso pronunció la siguiente alocución:

"Excelencia:

El pueblo de El Paso dá á V. E. la bienvenida á su suelo y saluda no solamente á V. E. sino también al pueblo de México, que V. E. representa, y esta bienvenida reproduce el eco de la de todos nuestros conciudadanos.

La visita de V. E. por muy corto tiempo, es cierto, será, sin embargo, duradera en nuestra memoria y hasta sus últimos días las ciudades gemelas—Juárez y El Paso—recordarán con orgullo haber sido las elegidas como sitio donde por primera vez se ha reunido el pueblo de las dos Repúblicas, encarnado en las personas de sus Supremos Magistrados.

Por miles de millas los territorios de México y los Estados Unidos están juntos. La línea divisoria está marcada por hilos de agua que separan las cordilleras de montañas; pero que no pueden separar los in-

tereses y las simpatías de las dos naciones."

Contestación del señor General Díaz:

"Señor Alcalde:

Muy agradablemente sorprendido por el progreso que en todos sus aspectos ofrece esta hermosa ciudad, os doy mi más calurosa felicitación y os agradezco muy cordialmente la hospitalidad que con tan exquisita galantería me ofrecéis en su nombre."

Al pronunciar el señor Presidente sus últimas palabras, la banda militar americana tocó el Himno Nacional de México; y sus notas, vibrantes y hermosísimas, sonaron como el triunfo de México, como el homenaje á la Patria, como las notas de la grandeza, como el canto de la victoria, como los acordes de la justicia, como la armonía de la raza humana, como la paz universal!

El señor General Díaz estuvo erigido, siendo el caudillo y el héroe de aquella jornada; pero su gran corazón se dilataba y las condecoraciones que cubrían su ancho pecho de soldado se movían como si estuviesen emocionadas ante aquel nuevo triunfo del Héroe de la Paz.

Un aplauso nutrido y entusiasta del pueblo americano llenó los aires y se unió á los aplausos del pueblo mexicano, que desde la ribera derecha del Bravo presenciaba con viva y patriótica emoción las manifestaciones de simpatía y los honores que se le tributaban á su amado Presidente por los altos funcionarios, por el Ejército y por el pueblo de los Estados Unidos.

Desde la Aduana de Ciudad Juárez hasta la Cámara de Comercio de El Paso, por una y otra acera, estaba agrupado el pueblo de las dos poblaciones formando valla de honor, con millares de banderas de las dos naciones y con una alegría desbordante, que salía por los labios, y que

se asomaba á los ojos, que se reflejaba en los semblantes, presentando un cuadro grandioso, movido por la admiración y por el entusiasmo, con el aplauso de cada uno, con el estrépito de todos, con los vivas al General Díaz, con las manifestaciones espontáneas, intensas y sinceras de la admiración que había despertado en el alma de los dos pueblos, en el corazón de las dos razas, el Héroe del 2 de Abril, el Pacificador de México, el notable Estadista, General Porfirio Díaz.

Para entrar á El Paso y llegar al edificio de la Cámara de Comercio, donde el Presidente de los Estados Unidos esperaba al de México, se organizó la comitiva en el siguiente orden:

I. Brigadier General Myer con su Estado Mayor.

II. Un escuadrón de caballería.

III. Carruaje del Presidente de México, acompañado por el Ministro de la Guerra de los Estados Unidos; y por el Jefe del Estado Mayor del señor General Díaz.

IV. Carruaje de los señores Ministros de Fomento y de Guerra y Marina de México.

V. Gobernadores de Chihuahua y de Texas.

VI. Presidentes del H. Congreso y del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Chihuahua.

VII. Jefes Políticos de Ciudad Juárez y El Paso, Texas.

VIII. Ayudantes del Gobernador de Chihuahua.

IX. Un escuadrón de caballería y banda.

X. Artillería de Campaña.

La infantería americana formó valla de honor hasta la Cámara de Comercio é hizo al Presidente de México el saludo y los honores de ordenanza.

A uno y otro lado del landó del señor Presidente, marchaba todo el personal de su Estado Mayor, en u-

niforme de gala, azul pálido, montando correctamente hermosos caballos y con admirable aspecto de disciplina y de educación militar. Este cuadro fué muy aplaudido y llamó mucho la atención del pueblo americano.

Las calles que recorrió la comitiva estaban todas decoradas; había una profusión extraordinaria de banderas mexicanas y americanas; un hermoso arco triunfal con el expresivo "Welcome," retratos de los dos Presidentes por todas partes, gallardetes, flámulas y anchas cintas tricolores; retratos, escudos de los dos Presidentes, banderas de todas las naciones; flores que las distinguidas damas, con vuelcos del corazón, hacían llegar al carruaje presidencial; fonógrafos que cantaban himnos; ancianos que hacían un esfuerzo supremo para ver al General Díaz; niños que se estremecían y que nunca olvidarían ese cuadro; bellísimas jóvenes con ojos de cielo y mejillas de rosa; millares de obreros con sus vistosos estandartes; la guardia de Washington con sus uniformes de 1776; los silbatos de cien locomotoras; las comisiones de numerosas sociedades; el pueblo apiñado en todas las calles; 4,000 niños de las escuelas en la Plaza de San Jacinto cantando el Himno Nacional Mexicano; las bandas militares; los vivas al General Díaz; los hurras á México y á los mexicanos; los saludos de los amigos; las sonrisas de las vírgenes; los brincos de los niños queriendo volar como angelitos; todo aquel cuadro grandioso, hermosísimo, significativo y conmovedor, hacía vibrar las fibras del patriotismo, y debe haber causado al señor General Díaz, la más viva y la más honda impresión.

A las 10.30 las ruedas del carruaje presidencial suspendieron su movimiento. Habían llegado á la Cámara de Comercio. El ayudante del